

50 cent<sup>s</sup>

FILMS DE AMOR



SUZY  
VERNON

PARIS GIRLS



**SELECCIÓN FILMS DE AMOR**  
**NÚMERO EXTRAORDINARIO**

Redacción, Administración y Talleres:  
**Calle Valencia, 234 - Apartado, 707**  
Centro de Reparto de Suscripciones: Barará, 16  
**B A R C E L O N A**

## **PARIS GIRLS**

Adaptación en forma de novela de la  
película del mismo título interpretada  
por bellísima artista de la pantalla

**SUZY VERNON**

por **MANUEL NIETO GALAN**

.....  
***Exclusivas A. TORRES***  
***Calle Valencia, 234 BARCELONA***  
.....

### **REPARTO**

Peggy . . . . . **SUZY VERNON**  
Roberto de Ryons . . . . . **CYRIL DE RAMSAY**  
Gisele . . . . . **Daniele Parola**

**ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA**



## PROLOGO

La marquesa viuda de Saint-Affremont celebraba aquel día su cumpleaños, y nadie hubiese reconocido en aquella sencilla y bondadosa viejecita a la inquietante Violeta, la famosa cantante que en el Segundo Imperio fuera el ídolo de todos los públicos, la envidia de todas las mujeres y, más que la protegida, la amiga de la Emperatriz Eugenia. Humilde, sin vanidades de ninguna clase, la Marquesa era la personificación de la bondad y cuantos la trataban admiraban en ella la dulzura de su carácter sencillo que contrastaba con el de su hija.

Altiva, soberbia y encopetada, su hija, la Baronesa de Ryons, no había heredado ciertamente las bellas virtudes que adornaban a la excelsa artista, ni las de su difunta hermana.

Alegre, bulliciosa, sin ninguna de las ridículas prevenciones de la etiqueta, la otra hija de Violeta había sido un retrato vivo de ella. Murió al poco tiempo de casada, dejando en

completa orfandad a una preciosa niña, que al correr los años, demostró ser una prolongación de los tiempos juveniles de la abuelita, que sentía por ella verdadera idolatría.

Mas por el temor de la murmuración que por cariño, la Baronesa de Ryon recogió ó a la pequeña huérfana, y creció en su palacio considerándola como una hija más, aunque íntimamente sabía hacerla distinguir de sus otros dos hijos: Roberto y Gissele.

En medio de esta atmósfera de hostilidad por parte de sus tíos, fué creciendo Margarita, sin que jamás tuviese una palabra de reproche, ni de queja. Se sabía recogida por lástima, y aceptaba aquella hospitalidad convencida de que era el único medio que tenía para vivir. Mas los años iban transcurriendo y las dos primas iban convirtiéndose en dos jóvenes que llamaban la atención en todos los salones, por su belleza.

Morena, de ojos grandes y rasgados, que sonreían al mirar con dulce fascinación, Margarita era el tipo perfecto de la mujer latina, mientras que su prima Gissele ofrecía con ella un bello contraste por la blancura de su cutis y el oro de sus cabellos.

Entre Margarita y su primo Roberto, no había existido jamás otro sentimiento que el de un puro afecto familiar, pero, sin embargo, los dos jóvenes se habían dicho muchas



veces, en silenciosas miradas, el amor que el uno sentía por el otro.

Mientras que en el salón de fiestas estaban todos los invitados reunidos, en sus habitaciones las dos primas traían de cabeza a las doncellas, que no veían el medio de poderlas vestir. Eran dos preciosos diablillos, capaces de revolver, con sus deliciosas ocurrencias a los propios ángeles del cielo, si les hubieran dado entrada.

Margarita era la que más ruido armaba, negándose a vestirse las prendas que le ofrecía la doncella, y al ver que su prima las aceptaba, le dijo:

—No sé cómo te dejas poner esas cursilerías. Vas a ver, en cambio, el que me pongo yo esta noche.

—¿No es el mismo que el mío?—le preguntó Gissele.

—Cuando lo hicieron, sí—exclamó riendo Margarita—; pero me lo he arreglado yo misma y le he dejado el escote necesario para no parecer una colegiala. ¿Por qué no haces tú lo mismo?

—No me atrevo—contestó Gissele—. Mamá se enfadaría mucho...

En aquel instante llamó un criado a la puerta y salió la doncella para ver qué es lo que quería.

—La señora Baronesa—dijo el sirviente—

dice que va a llegar la Emperatriz y que es necesario que bajen las señoritas en seguida.

Cerró la muchacha la puerta y fué adonde estaban las jóvenes, a quienes les dijo:

—La señora pregunta por ustedes. Van a llegar después de Su Majestad.

Desde aquel instante dejaron sus travesuras y minutos después se encontraban entre los invitados. Al verlas llegar, todos los jóvenes corrieron hacia ellas, pero manifestando Margarita sus preferencias por su primo Roberto.

La Baronesa, fijándose en el vestido que llevaba su sobrina, no pudo contener su indignación, y le dijo a su madre:

—¡Mira, mamá!... Luego dirás que soy muy severa con Margarita... ¿Te parece bien el escandaloso escote que lleva esa criatura? ¡Qué horror!

La abuelita miró detenidamente a su nieta y luego le contestó, sonriendo, a su hija:

—No veo que sea tan horroroso...

La conversación quedó detenida ante el anuncio de la llegada de S. M., y todos los invitados se dispusieron a rendir homenaje a la Emperatriz, que correspondía a los saludos sonriendo bondadosamente.

Cuando llegó adonde estaba Violeta, ésta fué a inclinarse ante ella; pero la Emperatriz le tendió los brazos diciéndole:

—Tú, a mis brazos, querida amiga... Nues-



tra amistad nos da derecho a suprimir la etiqueta.

Las dos viejas amigas se abrazaron tiernamente, mientras que la Baronesa daba órdenes a los criados para que estuviera todo en su punto.

Momentos después, uno de los sirvientes se presentó en el salón anunciando que el té de S. M. estaba servido, y mientras que los invitados seguían a la Emperatriz, Margarita se reunió con la gente joven, diciéndoles:

—¡Si supierais! ¡He estado tomando lecciones de baile, en secreto!... Si queréis os doy ahora mismo una exhibición en la sala del billar.

—¡Admirable!—exclamaron todos—. ¡Vamos para allí!

Se dirigieron en tropel hacia la sala, llevando entre todos un gramófono para tener música, y Margarita, subida encima de la mesa del billar, empezó a bailar uno de los bailes modernos que acababa de aprender.

Cuando más entusiasmados estaban todos, se abrió la puerta y apareció la Emperatriz, acompañada de su tía, abuela y demás invitados. La indignación de la Baronesa llegó al colmo y, acercándose a su sobrina, exclamó:

—Margarita... ¡Verdaderamente, eres indigna de nuestra hospitalidad!

La abuelita, más comprensiva del carácter de la joven, intervino, diciéndole a su hija:



—Nadie me quiere en esta casa.

—Pido perdón para la culpable.

—No, no y no, mamá—exclamó la Baronesa—. ¡Basta ya de escándalos!

Y dirigiéndose a su sobrina, siguió diciéndole:

—¡Ya no te falta más que dedicarte a las tablas!

Había sufrido tantas humillaciones la pobre joven, que su paciencia acabóse con esta nueva afrenta ante todo el mundo y, sublevándose por primera vez en su vida, respondió:



—Y ¿acaso sería una deshonra? ¿No fué también actriz mi madrina Violeta?

—¡Basta ya!—exclamó la Baronesa, terminando la conversación—. ¡Saluda a Su Majestad y retírate... y sobre todo no olvides tan a menudo tu situación bajo este techo!

Nuevamente le echaba en cara su tía la hospitalidad que la daba, y una vez más tuvo la infeliz Margarita que llorar a solas la orfandad en que se encontraba. Despedida de aquella forma, fué a refugiarse en el jardín, y allí fué también, poco después, Roberto a consolarla.

—¡Nadie me quiere en esta casa!—se lamentó dolorosamente la joven—. ¡Nadie más que mi madrina!

—¡No digas eso, chiquilla! — le respondió Roberto, acariciándola dulcemente—. ¿No soy nadie yo, acaso?

Margarita levantó la vista hacia su primo, y al través de las lágrimas sonrió melancólicamente. Roberto, cada vez más enamorado de ella, no supo mantenerse por más tiempo y, haciendo más fuerte el abrazo en que la tenía sujeta, siguió diciéndole:

—Margarita... yo te quiero de veras... y te he querido siempre. "Querrás ser mi mujer?"

Ella abrió sus hermosos ojos y, acurrucándose melosa entre sus brazos, respondió:

—Sí, Roberto... Yo también te quiero mucho.

Mientras que los dos jóvenes se decían por primera vez las ternezas de aquél amor que había crecido en ellos, la Emperatriz se había marchado del palacio, sin poderse despedir del primogénito de los Barones de Ryon. Aquella desatención, en la que no reparó la Emperatriz, fué motivo para que la Baronesa le dijese a su marido:

—Tu hijo no se ha dignado siquiera despedirse de Su Majestad... ¿Puede saberse en dónde está?

—¿Cómo quieres que te lo diga, si yo tampoco lo sé?—le respondió el esposo.

Interrogado un criado, respondió éste que el señorito estaba en el jardín, y allí se dirigió la Baronesa, acompañada de su madre y de su esposo. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver a su hijo abrazado a Margarita! Y excitada a más no poder por lo que había sucedido aquella noche, se acercó a Margarita y le dijo:

—¡Desvergonzada! ¿Son éstas las cosas que has aprendido en esta casa?

La abuela intervino nuevamente y le dijo a Roberto:

—Hijo mío... no está bien lo que haces con tu prima... Eso es pervertirla y...

La Baronesa la atajó, antes de que pudiera terminar la frase, y le dijo:

—¡Es ella la que lo pervierte! ¿Qué pue-



des decirme, después de haberla sorprendido en los brazos de mi hijo?

—Pues, ¿qué quieres que diga?—respondió enérgicamente la abuela—. ¡Que es adorable! ¡Mi mismísimo retrato a sus años!...

Margarita dejó que la Baronesa expresara todo el malestar que la producía su sobrina y cuando hubo terminado, le dijo:

—¡Todo se me reprocha en esta casa! Voy a marcharme de aquí, lejos, muy lejos. ¡Ya no quiero más limosnas! Iré a la ventura... trabajaré, seré bailarina...

—No me extraña. ¡Eso es lo que tú quieres—exclamó su tía—. Ser libre...

Y una noche aprovechó el sueño de todos para hacer un pequeño bulto con sus ropas y marcharse de aquella casa donde tan poco cariño se la tenía. Antes de abandonar el palacio, fué a la habitación de su madrina y se quedó contemplándola cariñosamente. Le dieron ganas de estrecharla entre sus brazos y besarla antes de marcharse; pero el temor a despertarla y a que no la dejase salir, refrenó su deseo y solamente como recuerdo de la que tanto quería se llevó el vestido que en otro tiempo había lucido Violeta en el teatro.

Cuando abandonó aquella casa no tuvo el menor pesar, y si de sus ojos se desprendieron algunas lágrimas, fueron dedicadas a su cariñosa madrina y al amor de Roberto

## LAS PARIS-GIRLS

Han transcurrido varios años y la belleza de Margarita y sus excepcionales dotes para el baile la han hecho triunfar, no solamente en Europa, sino que también en el Broadway neoyorquino. Después de una triunfante tournée, Margarita, convertida ahora en Peggy Deslys, volvía de América con toda la compañía, en busca de la conquista de París.

Entre los caballeros del hermoso trasatlántico "L'Île de France", figuraba también el famoso banquero americano Samuel Vood y su hijo Billy, el ojo derecho del conocido financiero, y uno de los más encarnizados enemigos de su inagotable cartera.

Desde el primer momento que Billy vió a Peggy, se sintió fascinado por su belleza y su constante alegría y no se apartaba un momento de ella. Peggy, más acostumbrada ya al trato de los hombres, aceptaba sus continuos galanteos, pero sin que jamás le diera la más leve esperanza. Entre los dos se había entablado un flirt, que ella procuraba extenderlo a los demás viajeros del barco, con el fin de que el americano no pudiese creer que sentía el menor afecto hacia él. Su padre,



sin embargo, orgulloso como siempre de las conquistas de su hijo, cuando lo veía con Peggy, les decía a sus amigos:

—Aquí tienen ustedes a mi hijo detrás de su milésima conquista... ¡Si Don Juan levantara la cabeza, se moriría de envidia!

En efecto, Billy era uno de esos caracteres volubles que hasta entonces no había sentido la fuerza de un amor verdadero. Gracias a su dinero, había conseguido satisfacer todos sus caprichos y hasta que conoció a Peggy no pudo saber que también existen en el mundo mujeres honradas, para quienes el dinero es lo menos importante.

Sobre la cubierta del hermoso navío se habían reunido aquella tarde casi todos los pasajeros de primeras, para ver ensayar a las "Girls", y esperaban el momento de su capitana diera la orden de ensayo.

Era ésta una mujer que sentía verdadera antipatía por Peggy. Sabía el cariño que todas profesaban a la joven, y un sentimiento de envidia, que inútilmente procuraba ocultar, le hacía sentir por ella un odio inextinguible. En cada nueva "tournée" había la costumbre de designar a una de las "Girls" que debía capitanear a las demás mientras durase la actuación de la misma. Hasta entonces, Esther, la actual capitana, había ostentado este puesto sin que ninguna de las demás hubiese intentado arrebatárselo; pero desde que Peggy



Margarita volvía de América con toda la compañía.

entró a formar parte de la compañía, temía, y con razón, que llegase el día en que la nueva "girl" se adjudicase aquel título.

Después del ensayo apareció un marinero con un cartel que decía:

"Se ruega a las señoritas que forman el cuadro "París- Girls" elijan a la capitana que haya de asumir la dirección única durante las representaciones que se den en Europa."

Todas las muchachas aclamaron unánime-



mente a Peggy, y mientras ésta recibía las felicitaciones de sus amistades, otras, con el fin de mortificar a Esther, se acercaron a ella, diciéndole:

—Esta vez ha tenido mala suerte, Esther.

—¡Bah!—exclamó la bailarina, indiferente.

—Una manobra más de esa intrigantuela para afrontarme. Pero, paciencia, ya llegará también la mía.

Dolorida por el triunfo de su compañera, se dirigió a su camarote, mas antes de llegar a él, tropezó con un joven, a quien hasta entonces no había visto en el barco.

La casualidad había querido que éste fuese precisamente Roberto de Ryon, que regresaba de una misión diplomática que la había llevado a Washington. Por el porte del joven, comprendió Esther que no sería aquélla una mala conquista para poderla lucir en París y al pasar junto a él, fingió un pequeño desvanecimiento.

—¿Se encuentra usted mal, señorita? —se apresuró a decirle Roberto, acercándose a la joven.

—Estoy un poco mareada—respondió ella, dejándose caer lánguidamente en sus brazos. —¿Sería usted tan amable que me acompañase a mi camarote?

Bajo el sencillo maillot que vestía Esther se adivinaba un cuerpo escultural y Roberto, entusiasmado con aquel encuentro que tal



—¡Es usted una mujer encantadora!

vez le haría más agradable el viaje, se apresuró a cumplir los deseos de la joven. Una vez dentro del camarote, Esther le dijo maliciosamente:

—Ahora, amigo mío, siéntese en ese sofá y no vuelva la cara hasta que yo le avise. Tengo que vestirme.

Obedeció nuevamente Roberto, pero de cuando en cuando sus ojos se dirigían hacia donde estaba la joven, quien intencionadamente tardaba en colocarse sobre su cuerpo



una fina bata de encajes, con el fin de que pudiera admirarla a su placer su invitado.

Cuando ya lo creyó oportuno, fué a sentarse donde estaba Roberto y de una cajita que había sobre la mesa tomó un cigarrillo, diciéndole:

—¿Quiere usted darme fuego?

Roberto sacó su encendedor y lo acercó al cigarrillo de la joven, quien, después de encenderlo, se lo ofreció felinamente a él. La actitud de la joven era de las que no ofrecían dudas y Roberto, animado por las miradas de la bailarina, fué acercándose cada vez más a ella, hasta que la tuvo entre sus brazos, y le dijo:

—¡Es usted una mujer encantadora!

Ella sonrió nuevamente, animándolo, y Roberto siguió diciéndole:

—No me hubiera perdonado nunca el no haberla visto en este viaje.

—Sin duda será porque no sale usted de su camarote—respondióle Esther.

—Hasta ahora he tenido que arreglar algún trabajo y eso me ha impedido el poder asistir a las fiestas que se han celebrado a bordo del barco.

—¿Y ahora?...—preguntó ella.

—Ahora iré adonde usted quiera—exclamó Roberto, atrayéndola hacia él y besándola.

No opuso Esther la menor resistencia a ello y Roberto, sin darse cuenta, se vió cogido en

la red de los encantos de aquella perversa mujer.

El "L'Ille de France" empezaba a navegar ya en aguas europeas y todos los pasajeros comenzaron a gritar, cuando se dieron cuenta:

—¡Ya hemos pasado el límite de las aguas americanas! ¡Ya se acabó la prohibición!

Y los salones del barco, para festejar aquel acontecimiento, vieron un animadísimo baile, al que dió más esplendor la presencia de las "girls".

Billy seguía su porfiada conquista, sin que pudiera lograr de Peggy una sola palabra que le hiciese entrever una esperanza. La joven a todas sus protestas de amor se reía alegremente, hasta que al fin le dijo:

—Amigo mío, hace usted mal en enamorarme. Yo estoy plenamente enamorada de un hombre a quien tal vez no vuelva a ver más en mi vida.

—Y ¿piensa usted esperarle siempre? —preguntó sonriendo Billy.

—Mientras viva, no podré amar a nadie más que a él. Si usted quiere ser un buen amigo mío, no me hable más de amor... Resulta, además, empalagoso. Procure hacer lo que yo: divertirse cuanto pueda y no pensar en otra cosa.

En medio de un aplauso general apareció un marinero llevando un cartel en el que se anunciaba una próxima fiesta, diciendo:



“Mañana, a las nueve de la noche, función a beneficio de las Sociedades de Socorros Marítimos, con el concurso de las señoritas que forman el conjunto “París-Girls.”

—¡Viva las “París-Girls!”—gritaron los pasajeros. Y aquello fué motivo para que la fiesta tomase mayor incremento todavía.

Poco después, Peggy preparaba los trajes que había de usar a la noche siguiente, y le decía a la doncella, mostrándole uno:

—Repasa este vestido... Voy a ponérmelo para bailar mañana por la noche...

—Señorita, este vestido es algo antiguo...—respondió la criada.

—No importa—exclamó Peggy—. Fué llevado por mi madrina cuando era la famosa “Violeta” y yo quiero lucirlo mañana por la noche.

La función benéfica resultó un éxito más para Peggy, cuyo triunfo oscureció aún más a Esther. La belleza de la joven causó todavía más admiración entre el pasaje y fueron muchos los hombres que corrieron a felicitarla para merecer el honor de ser su pareja durante el baile que había de celebrarse al final.

Entre los asistentes estaba también Roberto, y al ver a Peggy, sintió que su corazón se le saltaba del pecho. Se levantó repentinamente de su asiento, para encaminarse en su busca; pero de pronto se sentó nuevamente a la vez que se decía interiormente:

—¡Qué tonto soy! “Cómo puede ser Peggy Deslys, tan loca, tan alegre, la misma Margarita que amo?”

Y, seguro de que todo aquello no había sido más que una ilusión forjada por el amor que había sentido por su prima, esperó tranquilamente la llegada de Esther, para acompañarla a su camarote.

## EN PARIS

El debut de las “París-Girls” era el acontecimiento teatral de la temporada, que más había llamado la atención del público. Por todas partes aparecía el anuncio de las famosas “Girls” y la noche de la función, el elegante teatro del “Music-hall se hallaba materialmente atestado. No había quedado una sola localidad por vender y en los palcos y plateas se veía a las más aristocráticas damas, acompañadas por elegantes caballeros.

En uno de los palcos proscenios estaba también la familia de Ryon. La Baronesa, siempre con su natural empaque, tenía a su lado a su esposo y a su madre, mientras que su hijo Roberto conversaba amigablemente con Billy y su padre. Delante de la Baronesa se hallaba sentada su hija Gissele y su marido,



el aristócrata financiero Jacques Monclare. Nadie hubiera conocido en aquella rubia de exuberante belleza a la tímida Gissele de años atrás. Su forma de vestir, descaradamente extraordinaria, la coquetería de sus miradas a cuantos hombres mostraban alguna admiración por su belleza y la libertad de sus acciones, hacía presumir que la hija de la Baronesa de Ryon había olvidado por completo los consejos maternos para entregarse al frenesí de la vida actual.

Conoció a Jacques Monclare en una reunión y se sintió enamorada de él. Su belleza atrajo también la atención del pundonoroso joven y pronto aquel amor, sin prólogo de ninguna especie, se convirtió en un matrimonio que parecía exteriormente feliz. Sin embargo, en la interioridad, Jacques sufría horriblemente. El que había sido siempre un hombre comedido en sus gastos, veía dolorosamente que su fortuna disminuía de modo alarmante debido a los costosos caprichos de su esposa. Pero, locamente enamorado de ella, se dejó dominar por su coquetería y todos sus caprichos eran satisfechos ante el temor de perder su amor. Varias veces intentó llamar la atención de Gissele; pero otras tantas le respondió ella diciéndole que todo aquel lujo era necesario para sostener el nombre que había heredado de sus padres, y Jacques, después



Para celebrar la vuelta de Peggy se celebró una fiesta.

de una de estas discusiones, terminaba accediendo al nuevo capricho de su mujer.

Aquella noche, Gissele estaba más guapa que nunca, si cabe, y al verla Billy quedó prendado de ella, hasta el punto de que le dijo a Roberto:

—¿Tendría usted inconveniente en presentarme a su familia?

—Con mucho gusto—respondió Roberto.

Hizo la presentación, y durante toda la noche el hijo del rico financiero no apartó la



vista de Gissele, quien se sentía halagada por la admiración producida en el millonario.

Empezó el espectáculo y todas las miradas se dirigieron al escenario, donde las "girls" bailaban, hasta que apareció Esther vestida de hombre, llevando como pareja a Peggy. La belleza de ésta causó un murmullo de admiración entre los espectadores, y Roberto, que la había reconocido, corrió hacia su camarín.

Bastó su nombre para tener la entrada libre, y Peggy corrió a él, sin poder ocultar la alegría que sentía de volverlo a ocultar.

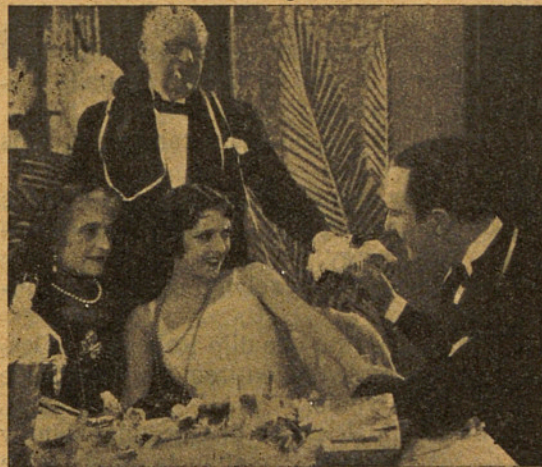
—¡Peggy!— exclamó, reteniéndola suavemente entre sus brazos—. Desde aquella noche no he cesado un momento de buscarte...

—Ni yo de pensar en ti, Roberto—exclamó la joven, cada vez más contenta.

Suavemente se separó de sus brazos y lo llevó hasta un sofá que había en el camerino. Durante algunos minutos, los dos enamorados se fueron refiriendo sus vidas, desde que no se habían visto, hasta que Roberto terminó diciéndole:

—Ya no quiero separarme más de ti, Peggy. Desde este momento viviremos el uno para el otro. Disfrutaremos de la felicidad que nos aguarda nuestro amor.

—Sí, Roberto—respondió ella—. Yo haré cuanto tú quieras. Te amo más que nada en el mundo y mi mayor alegría es poder ser tu esposa.



Desde este momento renunció al teatro

—Pues lo serás, bien mío—exclamó Roberto—. Esta misma noche anunciaremos a nuestras amistades nuestro compromiso de boda.

Y, sin que ninguno de los dos pudiera darse cuenta del tiempo que pasaba, permanecieron abrazados, hasta que unos golpecitos discretos dados en la puerta, los devolvió a la realidad. Era el avisador del teatro, que decía:

—Señorita Peggy, va a empezar el número del asalto.



—Vete, Roberto — le suplicó la joven—. Tengo que vestirme para el número último.

—¿Vendrás después a la sala de baile? — preguntó Roberto.

—Sí; ven tú mismo a buscarme e iremos allí.

Volvió nuevamente Roberto al palco donde estaban sus padres y dió la noticia de su encuentro con Peggy.

—¡Quiero verla!—exclamó su madrina inmediatamente.

—Luègo, abuelita—le dijo Roberto—. Después de la representación iremos a la sala de baile y allí la verás.

El número del asalto era originalísimo y uno de los que más llamaban la atención de todos los públicos.

Consistía éste en un asalto a florete entre Esther y Peggy, mientras que las demás bailarinas formaban una especie de guardia de honor ante ellas, hasta que finalmente terminaba con la victoria de Peggy.

Al terminar la función, todas las "girls" pasaron al salón de baile y Peggy, acompañada de Roberto, fué a sentarse a la misma mesa que ocupaban Billy y su padre.

—La felicito a usted por su éxito—le dijo el financiero—. Ha estado usted verdaderamente maravillosa.

Peggy sonrió ante la galantería del financiero, y éste continuó diciéndole:

—Comprendo que vuelva usted locos a los hombres. Una mujer como usted, es difícil encontrarla.

—Hasta ahora— respondió Peggy—, no creo haber vuelto loco a ninguno.

La música empezó a tocar y Billy y Roberto se levantaron para bailar con ella, mas Peggy, con el fin de no hacer ningún desaire a ninguno, se apoderó del brazo del viejo y se puso a bailar con él.

Entre tanto, llegó la familia de Roberto, y para celebrar la vuelta de Peggy, se celebró una fiesta allí mismo, siempre en contra del deseo de la Baronesa.

El segundo baile lo bailó Peggy con Roberto, y al ver su aire de tristeza le preguntó extrañada:

—¿A qué viene esa tristeza, Roberto? ¿No te alegras de verme otra vez?

—Es que me molesta el ambiente en que vives, Peggy— respondió melancólicamente Roberto.

—¿De veras sufres porque trabajo en el teatro?—le preguntó ella.

—Sí, Peggy. Siento celos de tu arte, de tus admiradores, de todo. ¡Si tú quisieras!...

—Sé lo que vas a pedirme, Roberto—interrumpió Peggy—. Estoy dispuesta a todo. Nada me interesa tanto como tu cariño, Roberto... Y por él renuncio a todo.

Y para que viera que no era una vana pro-



mesa que le hacía, en cuanto terminó la orquesta, reunió a sus compañeras y a su familia y les dijo:

—¡Señores!... ¡He decidido que sean ustedes los primeros en saberlo! ¡Roberto es mi prometido y desde este momento renuncio al teatro!

La decisión de Peggy fué acogida con verdaderas muestras de sentimiento por parte de sus compañeras, mientras que su madrina la abrazaba tiernamente. Era lo que ella había soñado tantas veces y por fin iba a ver realizado su sueño.

Esther comprendió entonces el despego de Roberto. Ella, que creía tenerlo entre sus redes, se veía nuevamente vencida por aquella intrigantuela de Peggy. ¡Ah, cuánto la odiaba!... Le importaba poco el amor de Roberto, pero su amor propia sufría con aquello una nueva derrota y había de vengarse por cualquier medio.

.....

**N**o deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas. Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a) BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barceloneta

## DOS MATRIMONIOS DIFERENTES

Ha pasado un año, un año de entera felicidad para Peggy, que ha visto colmados sus sueños de niñez, al sentirse amada por Roberto. Para ella ha sido un minuto todo el tiempo transcurrido, y nadie hubiera podido creer que aquella mujercita tan amante de su casa, tan extremadamente retraída a todas las fiestas, era la alegre capitana de las "Paris-Girls", que continuaban siendo la atracción de moda en París.

Durante este mismo año, las costumbres de Gissele habían sufrido también alguna modificación. Ya no se contentaba con atormentar a su marido con sus costosos caprichos, sino que le hacía sentir el aguijón de los celos. Se había rodeado de nuevas amistades y su innata frivolidad, su continua coquetería, habíanla rodeado de una legión de adoradores, entre los cuales destacaba con más fuerza el joven Billy.

Para tener más segura una conquista, había hecho que su padre le abriera un gran crédito al conde Monclare, y Jacques, sin darse cuenta de la pendiente por donde lo conducía su esposa, se dejaba arrastrar por ella



hacia el abismo, sin pensar que tenía dos hijos cuyo porvenir dependía de él.

A instancias de Gissele, su hermano y su cuñada habían llegado a pasar una temporada con ellos, y mientras que Gissele se entregaba con frenesí a las fiestas y reuniones que organizaba, Peggy se sentía inmensamente feliz cuidando a sus sobrinitos, que encontraban en ella el cariño que les negaba su madre.

Y he aquí que un atardecer la muy noble y encopetada Baronesa de Ryon regresaba a su palacio después de una larga ausencia. Al oír la música que tocaba en el interior de la señorial mansión, le preguntó al criado que salió a recibirla:

—¿Qué es esto, Jaime? ¿En honor de quién se baila hoy en casa de mi hija?

—Como todos los miércoles, señora Baronesa—respondió el sirviente—, es el día en que la señora condesa de Monclare recibe a sus nuevos amigos americanos.

La Baronesa quedó sorprendida ante aquella noticia, pero mayor fué todavía su sorpresa al ver quiénes eran los invitados de su hija.

—¡Qué horror!—exclamó—. ¡Lo que han hecho estos vándalos de mi pobre palacio!

Gissele vió en aquel instante entrar a su madre y dejó de bailar con Billy, para decirle:

—Como ves, mamá, he modernizado un poco la planta baja... ¿No te gusta así?

Antes de que la madre pudiera contestarle, volvió nuevamente para reanudar el baile con el joven americano, mientras que la abuela, que había venido también a recibir a su hija, la abrazaba cariñosamente.

—¡Dios santo!—exclamó de nuevo la Baronesa—. ¿De dónde ha salido esta gentuza?

—Hija mía —le respondió la anciana—. Convengo en que esa gente tiene la fiebre del modernismo exagerado, de la agitación perpetua, del insolente dólar y de todas las demás cosas que puedas decirme, pero hay que seguir la corriente de los tiempos.

—Pero mi hija, ¿cómo ha podido avenirse a este cambio tan radical?—preguntó la Baronesa.

—La verdad es que nuestra Gissele, en contacto con sus nuevas amistades, se ha modernizado lastimosamente, pero es necesario ser comprensible, hija mía—la respondió la anciana.

Entre tanto, Gissele, sin preocuparse de su madre, seguía flirteando descaradamente con Billy, que, creyendo casi rendida la plaza, le decía en aquel instante:

—Gissele, ya no tendrá que desear más aquella capa de armiño que tanto la gustaba. Hoy he mandado que se la traigan.

—Amigo mío—exclamó ofendida Gissele.



—Va usted un poco demasiado lejos. Sin duda se ha equivocado usted en sus apreciaciones...

Y para no dar lugar a que el millonario le pagase aquella prenda, fué en busca de su marido y le dijo:

—Jacques... luego traerán una capa de armíño de doscientos mil francos... Encárgate de que paguen la factura cuando la traigan...

—Pero, "estás loca, Gissele?"—exclamó su marido—. No tienes en cuenta que...

—Tú eres el que no tienes en cuenta que tenemos la obligación de mantener nuestro rango—le atajó Gissele.

Como siempre, Jacques se dejó convencer por su esposa y se dirigió al teléfono para dar órdenes a su administrador de que hiciera efectiva aquella factura.

—Señor—le respondió éste, que había sido administrador de toda la familia desde que era joven—. Es que su cuenta particular está ya en descubierto...

—¡Eso es imposible!—contestó asustado el conde.

—Y aun hay más—siguió diciéndole el administrador—, y es que todavía quedan facturas por liquidar de la señora condesa.

—¡Pero es que esa factura es compromiso ineludible!—insistió el conde—. Hay que ver la manera de encontrar algún medio para poderla pagar.

—No se apure—le respondió el administrador—. La pagaré yo mismo.

El baile seguía su curso, y Roberto, que se encontraba allí, hacía media hora que buscaba a su esposa entre los invitados. No la había visto en toda la tarde y se decidió por fin a preguntar por ella a Gissele, diciéndole:

—Oye, Gissele... ¿Has visto a mi mujer?

—Seguramente estará con mis hijos—respondió indiferentemente la joven.

Roberto se encaminó hacia las habitaciones de su hermana y, en efecto, sorprendió a su mujer bañando a los pequeños.

La obligó a que los dejara y se la llevó a su habitación, donde la dijo, acariciándola y admirado del cambio que en ella se había producido:

—Estoy admirado, Peggy... ¡Qué mujercita tan casera!

—¡Tontín!—respondió ella, sentándose a su lado y recostando su linda cabecita sobre el hombro de su esposo—. ¡Soy casera porque... porque estoy enamorada de mi marido!...

—¿Quién hubiera dicho—siguió diciendo Roberto—que la revoltosa capitana de las "Paris-Girls" se iba a convertir en lo que es hoy?

—¿Serías capaz de estar decepcionado, ingrato?—le regañó ella cariñosamente.



—Al contrario— exclamó él—, pero no quiero que te retraigas tanto. Piensa que pertenecemos a la sociedad y que tenemos que vivir con ella... ¿Por qué no sales un rato a la fiesta?

—Me entretengo más con los pequeños —respondió ella.

—No obstante, yo te ruego que vayas un rato, por lo menos. Ha venido mi madre y debes salir a saludarla.

—Está bien—contestó Peggy, para quien los deseos de su marido eran casi una orden. —Espérame en la sala, que dentro de dos minutos me habré vestido e iré allí.

Salió Roberto adonde se celebraba la fiesta y el millonario Wood, creyendo facilitar la conquista de su hijo con aquella noticia, le dijo:

—Amigo mío, sacrifica usted su ambición al amor.

—¿Por qué me dice eso?—preguntó extrañado Roberto—. No comprendo...

—Lea este periódico y lo comprenderá mejor—volvió a decirle el millonario, a la vez que le entregaba un periódico que tenía en la mano y en el que Roberto leyó la siguiente noticia:

“Se comenta con sorpresa en ciertos círculos políticos que el Gobierno deje inactivo a uno de nuestros más jóvenes y brillantes diplomáticos. Sin embargo, hay que confesar



—¡Pero es que no tienes corazón!

que los honores de una embajada deben exigir la cuidadosa atención de una dama más notable por la distinción y el buen tono de su acogida, que por sus éxitos de Café Concierto.”

—¡Esto es una infamia!—exclamó indignado Roberto.

—¡Bah! ¡No se preocupe usted!—exclamó Esther, que se había acercado a él y que seguía con interés todos los gestos de Roberto. Este se volvió hacia ella y la bailarina, to-



mando su brazo, se lo llevó fuera de la sala de baile, diciéndole:

—Venga mañana por la noche al Casino y charlaremos un rato de todo eso... y de lo antiguo. ¿No recuerda usted ya nuestra amistad?...

—Comprenda, Esther— le respondió Roberto—. Que mi situación no es la misma ahora. Estoy casado...

—¿Y acaso es ése un inconveniente para que seamos amigos?—respondió intencionalmente Esther—. ¿No creo que los celos de su esposa lleguen hasta el extremo de prohibirle que tenga usted amistades... inocentes?

Mientras le hablaba, iba acercándose a él, mirándolo fascinadoramente, hasta que por fin, Roberto, olvidando toda prudencia, cayó en la red que le tendía la perversa mujer y la estrechó en sus brazos para besarla. No tuvo tiempo de ello, porque oyeron que se acercaba alguien y abandonaron la terraza, para que no pudieran verlos.

Los que entraban era Gissele y Billy, quien le decía, tratando de persuadirla:

—Gissele... comprendo que he sido muy impertinente, pero lo hice solamente por complacerla. Creí que no se molestaría usted por ello. ¿Me perdona usted?

—Si me promete no reincidir, sí—respondió la joven.

—Se lo prometo formalmente—respondió Billy.

—Entonces... perdonado—terminó diciendo Gissele, a la vez que le ofrecía la mano.

El se apoderó de ella y besándola apasionadamente varias veces, le dijo:

—¿Amigos?

—Amigos—respondió ella—, pero déjeme marchar; me parece que mi esposo me busca.

Y dejó a Billy, que se creía en aquel instante el hombre más feliz del mundo para entrar de nuevo en el salón de baile, donde ya había aparecido también Peggy.

Esta, después de saludar a su tía y suegra, que la recibió, como siempre, con verdadera frialdad, empezó a buscar a su marido, hasta que, por fin, lo encontró del brazo de Esther. No le produjo buen efecto a Peggy aquel encuentro, mas sin la menor sospecha hacia su esposo, se acercó a él y le dijo:

—Ya ves cómo te he dado gusto.

—Eres admirable—respondió galantemente él.

—Pero mañana, por la noche, quiero que te quedes aquí, conmigo, Roberto—le dijo su esposa—. Es el primer aniversario de nuestra boda y quiero que cenemos los dos solos. ¿Prometido?

—Te lo prometo — respondió Roberto—. Desde este instante no adquiere ningún compromiso con nadie.



Monclare, al ver a su cuñada, corrió hacia ella para invitarla a bailar y mientras ellos bailaban, Roberto disimuladamente volvió a salir a la terraza, donde lo esperaba Esther, que le dijo:

—Hemos quedado que mañana por la noche nos veremos en el Casino, después de la función.

—No lo olvido—respondió él.

—Entonces le aguardaré en el teatro; desde allí nos iremos al Casino.

—Convenido—aceptó él.

Y para tenerlo más seguro, Esther le ofreció un beso que Roberto aceptó entusiasmado ante la facilidad de su conquista.

A la noche siguiente, Peggy, con toda la alegría infantil de un alma tan ingenua y sencilla como la suya, preparaba la cena para cuando llegase su marido. Era aquella la noche del aniversario de su boda, y Peggy se sentía inmensamente feliz pensando en la llegada de su esposo. Amorosamente iba arreglando la mesa, colocando las flores, cuidando de que todo estuviera en su sitio, para que cuando viniera Roberto nada pudiese echar de menos. En aquellos instantes era tanta la felicidad de Peggy, que no la hubiera cambiado por nada del mundo. Roberto había sido y era para ella su único amor, y por él se hubiera sacrificado con toda su alma.

Entre tanto, en el teatro, Roberto aguardaba entre bastidores la terminación del espectáculo, decidido a no acompañar a Esther aquella noche. Salió ésta por fin y Roberto le dijo:

—Esta noche me es imposible acompañarla, Esther.

—¿Así es como cumple usted sus promesas?—le preguntó sonriendo Esther—. Le advierto que ya tengo pedida la mesa a su nombre y que me dejaría usted en ridículo.

—Sin embargo, yo esta noche debo estar en otro lado—insistió débilmente Roberto.

—Lo creí más caballero—exclamó Esther—. Nunca pude sospechar que me dejara usted en un ridículo tan espantoso como el que voy a hacer esta noche... Pero por mí no se detenga... puede marcharse, que ya encontraré quien me acompañe esta noche... y las demás...

Las últimas palabras de Esther suscitaron los celos de Roberto, que, decidido a faltar a la palabra dada a su mujer, se fué al teléfono y se puso a hablar con ella, diciéndole:

—Nena mía... Ponte el vestido más lindo que tengas y ven a buscarme al Ritz. Celebraremos aquí la fiesta...

—Pero, Roberto—protestó dolórosamente la joven—. ¡Tanto que me habías prometido que cenaríamos en casa los dos solos!



—Sacrificate por este capricho mío, nena —volvió a decirle Roberto—. Deja de ser tan casera por un solo día y dame gusto.

Peggy no quiso insistir más. Una inmensa amargura se apoderó de ella, pensando en la diferencia que había entre la soledad en que la dejaba su marido y en la alegría que tenía antes. Las lágrimas afluyeron a sus ojos y ordenó a la criada que retirara la cena. Era la primera vez que Peggy lloraba desde que se había casado, el primer disgusto que Roberto la daba y por eso su amor sufrió lo indecible en aquella noche memorable, que debía de haber sido para ella de felicidad y de amor.

**¿Quiere usted aprender  
LOS BAILES DE MODA?**

Pida hoy mismo los métodos de  
**TANGO ARGENTINO**  
**BLACK-BOTTOM**

Precio de cada libro: **25 cts.**

Pedidos a

**Biblioteca Films-Apartado 707 - Barcelona**

Si no los encuentra en su localidad, pídales hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos para el certificado.

**EN CANNES**

Gissele seguía su vida, llena de frivolidad y de excentricidades, y la última de ellas fué la de hacer un crucero a Cannes, la playa de moda, donde en aquella época solían reunirse todas las damas de la buena sociedad parisina. Una tarde le propuso la idea a su esposo diciéndole:

—Jacques, he pensado que podíamos ir a pasar unos días a Cannes.

—Es imposible —respondió su esposo—. Mis asuntos no andan todo lo bien que desearía y no puedo ausentarme de París.

—Tú puedes quedarte aquí unos días, hasta que hayas terminado tus negocios... Nosotros entre tanto te esperaremos en nuestro yate en Cannes.

—Te he dicho que no puede ser—respondió él—. No quiero separarme de ti, ni un solo día; para eso eres mi esposa.

—Pues por lo mismo debes darme gusto —le suplicó ella mimosa—. Repara que ya he invitado a los señores Wood y a mis hermanos... Además, también vendrán mamá y la abuela...



—¿Pero no comprendes que es absurdo lo que me propones?—exclamó su marido.

—Más absurdo es que quede en ridículo ante nuestras amistades—respondióle ella—. ¿Verdad que aceptas mi idea?

Y también aquella vez, Jaques, consintió en el deseo de su esposa y días después la elegante playa de Cannes recibía la visita de nuevos aristócratas.

Roberto había procurado disimuladamente que la invitación se extendiese también a Esther y la bailarina acompañó, aunque con marcado disgusto por parte de Peggy, a los excursionistas.

Gissele seguía en Cannes el flirt con Billy, quien creía que cada vez más ganaba más terreno en el corazón de la joven esposa de su amigo. Sin embargo, hay que hacer justicia a Gissele y decir que ella no sentía por él el menor afecto sentimental. Lo trataba amistosamente y se sentía halagada por la preferencia que le demostraba aquel joven a cuyo alrededor revoloteaban tantas mujeres en busca del precioso metal. Una mañana estaba Gissele en la playa, sin más ropa que un sencillo mayot, hablando con Billy, cuando se presentó de pronto su marido. Peggy, que lo vio llegar, corrió a su encuentro, para evitar que viese a su esposa, y le dijo, llevándoselo lejos de allí:



—Yo no ayudo más que a los que se ayudan a sí mismo

¿Pasa algo de particular?

—Nada... He venido solamente desde París, para hablar seriamente con ella. Han llegado a mis oídos ciertos rumores, que quiero disiparlos... ¿Dónde está Gissele?

—Con toda seguridad la encontrarás en el "Ambassadeurs"—respondió Peggy, llevándoselo hacia la puerta del balneario.

—Voy a buscarla—terminó diciendo Jaques, y despidiéndose de su cuñada. Apenas

—No te esperábamos tan pronto, Jaques,



hubo desaparecido, Peggy se dirigió adonde estaba su cuñada y les dijo a los que la rodeaban:

—He de hablar un momento con mi prima... ¿Tendrás la bondad de dejarnos un instante a solas?

—¿Qué quieres?—le preguntó su prima—. ¿Vas a seguir dándome consejos?

—¡Estás loca, Gissele!—le respondió Peggy—. ¡Has estado a punto de que tu marido te viera así!... Ves corriendo al yate; él ha ido al "Ambassadeurs" a buscarte...

Mientras que su prima se vestía, Peggy, sin detenerse a aguardarla, por si acaso llegaba Jacques antes que ella, corrió hacia el yate. Se dirigió a su camarote, pero al pasar por el comedor oyó la voz de su marido y de Esther. Sintió que se le nublaba la vista al verlos abrazados, mas tuvo la suficiente serenidad para contenerse y dar lugar a que ellos se apercibieran de su llegada. Los dos amantes al darse cuenta de que se acercaba Peggy, se separaron rápidamente y al despedirse Esther le dijo, como si continuara una conversación no interrumpida:

—Estoy maravillada de esta visita a su "Arca". Ha sido una idea maravillosa la que ha tenido al organizar este crucero.

Roberto intentó acompañarla hasta cubierta, mas Peggy lo detuvo diciéndole:

—Roberto, no te vayas; tengo que hablar contigo.

—Espérame un momento, que ahora vuelvo—respondió su marido.

—Tiene que ser ahora mismo—volvió a decir enérgicamente Peggy.

Ante la actitud de su esposa, Roberto no se atrevió a insistir y despidió a Esther.

Cuando quedaron solos los dos esposos ella comenzó diciéndole:

—Roberto, no quiero que veas más a esa mujer.

—No comprendo a qué se debe ese deseo tuyo—respondió tranquilamente él.

—De sobras sabes—volvió a decirle Peggy—que tengo motivos para decirlo.

—¿Has olvidado que fué tu compañera?—le preguntó con cierto cinismo Roberto—. Yo no hago más que atender a tus amistades.

Aquella frialdad de su esposo excitó aún más a la joven, que, sin poderse contener, exclamó:

—¿Por que no la habré echado de aquí a puntapiés?

—Sencillamente—exclamó él—porque esta casa no es la tuya, ni yo te lo hubiera permitido, si lo hubieras intentado.

La frialdad con que le hablaba su esposo producía en el ánimo de la joven un intenso



dolor y, reprochándole su desamor, le dijo, al fin:

—Ten cuidado, Roberto...

—Cuidado, ¿de qué?—preguntó él, sin dejarse intimidar.

—Cuidado de que yo ponga entre los dos lo irreparable—respondió Peggy.

Roberto estaba demasiado seguro del amor de su esposa para temer nada de sus amenazas y, sonriendo ante sus palabras, le respondió:

—¡Vamos, Peggy!... ¡No quieras calumniarte!... ¡Yo no puedo tener celos de ti!

—Es verdad—exclamó ella llorando amargamente al verse vencida—. ¡Sabes que te quiero demasiado!

—¡Cálmate, Peggy, cálmate!—exclamó Roberto, suavizando su acento y acariciando a su esposa, que se abrazó a él, como si quisiera defenderlo de aquella mujer—. Te aseguro que lo único que te hace falta es más calma...

Y cuando vió que estaba más calmada, salió del yate para dirigirse en busca de Esther.

Peggy, al verlo marchar, sintió otra vez el dardo de los celos y, sin poderse contener, se arrojó sobre una butaca llorando amargamente. De pronto, unas voces llamaron su aten-

ción. Escuchó lo que decían y oyó en la habitación inmediata a sus cuñados, que porfiaban duramente.

Jacques le decía en aquel momento a su esposa:

—¡A pesar del disgusto que sabes me produce, persistes en tus extravagancias! ¡Tus despilfarros han acabado por comprometer mi crédito y vas a ser la causa de mi ruina... de nuestra ruina!

—¡No hago más que mantener nuestra posición social!—le respondió ella.

—Además, estoy temiendo una desgracia mayor... Han llegado hasta mí ciertas freses a las que no quiero dar oídos pero oye-me bien: ¡Si llegaras a engañarme, me mataría!

Gissele se echó a reír y mientras encendía un cigarrillo le contestó:

—¡Eso no pasa más que en las novelas!

—¿Pero es que no tienes corazón?—volvió a decirle su marido, fuera de sí—. ¿Has cambiado hasta el extremo de que nada te importe ya ni tus hijos?

—Mira—exclamó Gissele—. Déjate de sermones y acompáñame al "Ambassadeurs".

—¡No, no y no!—exclamó él.

Gissele se lo quedó mirando y viendo que por aquel procedimiento nada alcanzaba,



adoptó de sus continuas zalamerías y le dijo, acariciándole:

—Merecías que fuese verdad lo que temes, por celoso... Pero para que veas que no soy tan mala como dices, me quedo aquí a hacerte compañía...

Y el mal humor de Jacques pronto fué desapareciendo al tener entre sus brazos a su esposa y sentir el dulzor de sus besos...

## Biblioteca Iris

Núm. 1 — **CORAZONES ORGULLOSOS**

• 2 — **ASTUCIAS DE AMOR**

————— **96 PAGINAS**  
*Precio UNA pta. DE TEXTO SELECTO*

— PEDIDOS A —————

**Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona**

Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco céntimos para el certificado.

## LA VENGANZA DE ESTHER

Peggy comprendió por la conversación sorprendida que la amistad de Billy y Gissele comprometía seriamente la felicidad de aquellos seres. Temió, más que por él, Jacques, siempre tan amante de su esposa, sacrificándose continuamente por todos los caprichos de su prima, no merecía aquella suerte. Además, estaba segura de que no dudaría en poner fin a su vida si se convencía de que su mujer le era infiel. Antes de que pudiera llegar este momento, antes de que la amistad de Billy pudiera comprometerla, decidió intervenir en aquel asunto y aquella misma tarde fué al music-hall. Encontró a varios amigos reunidos con Billy y saludando a todos se cogió del brazo del joven para alejarlo un poco de allí.

—Tengo que hablarle seriamente, Billy—le dijo Peggy.

El la miró interrogativo, sin comprender a qué se debía el que lo hubiese buscado, y Peggy continuó diciéndole:

—¡Está usted comprometiendo muy seria-



mente a Gissele! Si, como creo, es usted un caballero, déjela tranquila y salga de Canes...

—No puedo prometerle nada, Peggy—respondió Billy—. Estoy locamente enamorado de ella y no se lo que haría por obtenerla. da... Hágalo, aunque no sea más que por mí.

—Piense usted que ella es una señora casa-

—Está bien, Peggy — terminó diciéndole él—. Yo le prometo que haré todo lo posible por apartarme de ella.

—Gracias Billy — le contestó Peggy—. Siempre le creí a usted un hombre de corazón.

Mientras hablaba Esther había llegado a donde estaban los demás amigos de Billy, y al ver a éste hablando con Peggy, y recordar la amistad que tuvieron en el barco, desde la travesía de América, sospechó que entre los dos existía algo más que una inocente amistad. Para asegurarse de ello, esperó a que quedara solo el joven americano y cuando salió Peggy, se acercó a él y le dijo:

—Billy, tengo unas ganas locas de que esta noche me invites a cenar en el Casino.

—Puedes darte por invitada—respondió él, sin darle importancia.

Los negocios de Jacques iban de mal en peor. Los acreedores empezaban a dudar de él y exigían el pago de sus cuentas. Por otra parte, el crédito de Wood se había termina-

do, que hubiera sido en aquella ocasión la salvación para Jacques, y no solamente se había terminado, sino que exigía también el importe de los créditos concedidos anteriormente.

Solamente con la ayuda de Wood podía salvarse y para obtenerla fué Jacques aquella noche en busca de su cuñado, a quien le dijo:

—Roberto, necesito un gran favor de ti.

—Tú dirás—respondió él, sin poder sospechar de que se trataba.

—¡Estoy completamente arruinado!—exclamó Jacques—. El único hombre que puede salvarme es Wood, aplazando los vencimientos. He venido a buscarte porque a ti te escucha mejor que a mí... Acompáñame al Casino, para convencerle.

Sin la menor oposición, Roberto salió en compañía de su cuñado hacia el Casino, donde, efectivamente, encontraron al rico financiero.

Apenas le expusieron el objeto de su visita, Wood se negó rotundamente, diciéndole a Jacques:

—Yo no ayudo más que a los que se ayudan a sí mismos.. Usted gasta mucho, luego es señal de que gana mucho... Por consiguiente, debe pagar...

Roberto intervino para convencerlo, y mientras tanto, en la terraza del Casino Esther procuraba embriagar a Billy para que le de-



clarase el motivo de su tristeza y le confirmara sus sospechas.

—¡Pobre Billy!—le decía—. ¿Por qué no te confías a una verdadera amiga como yo? ¿Por qué no me dices el motivo de tu tristeza?

—¡Esther... si supieras qué desgraciado soy!—contestó el joven, en quien los efectos del champagne empezaban a aparecer—. Estoy loco por una mujer y, sin embargo, debo huir de su lado... Ella está casada y yo soy un caballero.

—¡Eso es una tontería! — exclamó Esther—. ¡Me consta que ella también te quiere a ti! ¿En dónde vive?... ¿En Miramar?

Billy hizo un gesto negativo con la cabeza y Esther volvió a preguntarle:

—¿En algún hotel?

Nuevamente repitió Billy el gesto anterior y otra vez Esther le preguntó:

—¿En un yate?

Billy respondió afirmativamente y la bailarina quiso aprovecharse de su estado y lo excitó diciéndole:

—Pues déjame que te dé un consejo... ¡Corre al yate ahora que están aquí los maridos y acuérdate de que la audacia es lo que más nos gusta a las mujeres... Yo misma te llevaré en mi auto.

Mientras que Billy pagaba y recogía las prendas del guardarropa, Esther escribió pre-

cipitadamente una carta y se la guardó en el pecho. Esperó que volviera Billy y los dos juntos emprendieron el camino del puerto. A aquellas horas de la noche estaba completamente desierto y Esther le dijo:

—Ocúltate detrás del coche, mientras que yo doy voces para que salgan los marineros del yate... Les diré que se me ha incendiado el motor y mientras tanto tú puedes entrar en el barco, sin que nadie te vea.

La estratagema dió el resultado apetecido y, poco después, Billy se encontraba en el interior del yate. Por haber estado otras veces conociendo hacia dónde estaban los camarotes de Peggy y se dirigió a ellos directamente. Tuvo que ocultarse detrás de una puerta para dejar paso a la doncella y cuando ésta desapareció entró de repente al cuarto de Peggy.

Sorprendida ésta por la llegada de Billy, apenas si tuvo tiempo de arrojarle sobre ella una bata y decirle:

—¿Quién le ha dado a usted permiso para entrar aquí?

—Perdóneme, Bissele—respondió el enamorado muchacho—. No puedo resistir por



más tiempo la frialdad con que me trata desde hace unos días.

Nuevamente se acercaba la doncella y Gissele, ante el temor de que pudiera ser sorprendida, lo escondió en el cuarto inmediato, mientras que ella acababa de vestirse. Fué luego en busca de él y le dijo:

—Salga de aquí inmediatamente, antes de que puedan verlo... ¡Lo que usted ha hecho no es de caballeros!

—¡Es que yo no puedo vivir sin su amor!  
—exclamó Billy, acercándose a ella e intentando abrazarla.

—Si no sale inmediatamente — exclamó Gissele—gritaré para que le echen de aquí.

Aquella amenaza exasperó aún más al joven, que, sin pensar más que en la belleza de Gissele, se apoderó de ella y la besó frenéticamente en la boca. Se entabló entre los dos una lucha tremenda. Gissele intentado evadirse del abrazo en que la tenía aprisionada y Billy insistiendo en su deseo de apoderarse de ella.

Entre tanto, en el Casino un criado se presentó con una carta y se la entregó a Roberto, diciéndole:

—Me han encargado que le diga que es muy urgente.

Roberto abrió el sobre y leyó el contenido de la misma, que decía:

“Es una imprudencia dejar en un barco una fortuna en joyas. Esta misma noche se lo demostrarán a usted. Vigile y de paso que salva sus joyas me librerá a mí de mis amigos comprometedores.

---

## RISAS Y ALEGRÍAS

No deje de leer la más  
nueva colección de  
humorismo.

**CHISTES BUENOS**

**CHISTES MALOS**

**CHISTES Y COLMOS**

**CUENTICOS BATURROS**

**ALMANAQUE HUMORISTICO - 1930**

Precio del libro: **25** céntimos  
Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona



## UNA VICTIMA"

Roberto, apenas leyó el contenido del anónimo, se levantó rápidamente y le dijo a Wood:

—Hágame el favor de avisar a la policía. Van a robar en el yate.

Salió del Casino, acompañado de Jacques, y se dirigió al puerto para auxiliar a las mujeres que habían quedado en el barco.

El ruido de la lucha llegó hasta donde estaba Peggy, quien inmediatamente creyó que algo anormal ocurría a los dos esposos, y preguntó asustada:

—¡Gissele!... ¿Qué ocurre

—Pronto, ¡ven!—exclamó la otra.

Abrió Peggy la puerta que comunicaba con sus habitaciones y entró adonde estaba Gissele. Al ver a Billy, exclamó:

—¿Era ésta la promesa que usted me había dado de abandonar a Gissele?

—No sé lo que me ha pasado—respondió él—. Ha sido algo superior a mi voluntad lo que me ha traído hacia aquí.

Por la mirilla del camarote se dio cuenta Peggy de que se acercaban los maridos y, tirando materialmente de Billy, le ordenó:



—¡Esto no debe saberlo nadie!

—Entre usted por aquí, a mi cuarto.

—¡Peggy!!—exclamó admirada de la sublimidad de su prima Gissele—. Yo no puedo consentir que por mí...

—Esto no debe saberlo nadie, Gissele—le respondió ella—. Piensa en tus hijos, en tu marido...

Entró adonde estaba Billy y, señalándole una ventana del camarote, le dijo:

—Esa es la única salida que tiene usted libre. Los botes no se ven ya; salte usted.



Billy, sin hacerse repetir la orden, se arrojó al mar; pero la policía avisada por el mismo Wood, al ver saltar un bulto del barco, hizo fuego sobre él, hiriéndole gravemente. Al ruido producido por la detonación acudió al camarote de Peggy la baronesa y su madre para indagar qué era lo que había ocurrido. Peggy, adoptando una calma extraordinaria, respondió:

—Billy Wood estaba en mi camarote, cuando se ha visto sorprendido... Ha saltado por ahí y le han visto...

Su madrina se acercó a ella, la miró fijamente a los ojos y, moviendo la cabeza, respondió:

—Embusterilla, no te creo; si no me dices la verdad, lo descubriré todo.

—¡No, madrinita!—suplicó ella—. Esto no lo debe saber nadie. Deje que Roberto crea durante algún tiempo ese embuste.

En el bote había sido recogido por Roberto y Jacques el cuerpo de Billy y apenas entró aquél en el yate, su madre lo detuvo, diciéndole:

—Hijo mío, calma... Ya te lo advertí antes de casarte... Esto estaba previsto.

Aquellas palabras hicieron creer a Roberto que su mujer tenía un amante y que su amante era Billy. Entró en su cuarto y Peggy lo recibió diciéndole:



—¡Has matado á ese pobre muchacho!

—¡Has matado a ese pobre muchacho!

—Tranquilízate—respondió su marido—. ¡Tu polichinela no ha muerto!

—¿Y se puede saber quién te ha ido con ese chisme?

—Aquí lo tienes—respondió ósu marido enseñándole el anónimo.

Peggy leyó el contenido del mismo y exclamó despectivamente:



—¡Bah!... ¡Un anónimo!... ¿Y eso te ha bastado para dudar de mí?

—Déjate de frases—exclamó su marido—. ¡No te has detenido ante nada! Ni ante el respeto que debes a esta familia... ¡A esta casa! ¡Pero me está bien empleado por hacer de redentor levantando a una mujer caída en el fango, como tú... ¡He hecho el espantoso ridículo!

Peggy, al verse ofendida de aquel modo, no pudo contenerse y exclamó:

—Llevas razón. Has hecho el ridículo, porque en ese papel de redentor no entraba para nada el amor...

—¿Luego no niegas que tenías un amante? ¡Me dan ganas de ahogarte!

—¿Y ése era tu tan cacareado amor?—le preguntó irónicamente Peggy—. ¡No has tenido ni un grito de verdadero dolor! ¡Ni uno solo! ¡Lo único que ha sufrido ha sido tu vanidad!

Volvió nuevamente a recoger el anónimo y por su perfume comprendió de quién procedía. Comprendiendo de que todo aquello no era más que una venganza de Esther, empezó a recoger su ropa, diciendo:

—Ahora ya sé todo lo que quería saber.

—¿A dónde vas?—le preguntó Roberto cuando ya estuvo en la puerta.

—¡A donde debo ir!—le respondió ella—. ¡A mi vida de ayer... y de mañana! ¡Al music-hall!

Y, sin detenerse a dar más explicaciones, salió del yate, ante la expectación de todos, que creían verdaderamente culpable a la joven. Solamente dos personas conocían su inocencia y estas dos callaron para evitar un mal peor.

---

## ¿QUEREIS SABER VUESTRO PORVENIR

Nodeje de leer:

**PASADO, PRESENTE Y PORVENIR  
POR LAS RAYAS DE LA MANO  
LO QUE DICEN LAS PANTORRILLAS**

**¿TENEIS EL CABELLO CASTAÑO**

**¿ES USTED RUBIA? ¿ES USTED RUBIO?**

Precio del libro: **25** céntimos

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona  
Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco  
céntimos para el certificado.



## EL DESQUITE

La herida de Billy, afortunadamente, carecía de importancia, y a los pocos días, en una clínica de París, se hallaba el enfermo en franca mejoría. La conciencia le reprochaba el mal que había hecho y se lo confesó a su padre, diciéndole finalmente:

—...y nada más justo que fueras tú, papá, a presentar mis explicaciones y decir la verdad de cuanto ha sucedido.

—Descuida, hijo mío — respondió su padre—. Esta misma tarde veré a esa familia y quedará todo aclarado.

En efecto, algunas horas después, Wood, en presencia de todos los presentes, declaró la inocencia de Peggy, demostrando su sacrificio, a la vez que de Gissele, quien no había cometido más falta que la de una exagerada frivolidad.

—En cuanto a los vencimientos, pueden estar ustedes tranquilos, que...

—Perdone, señor Wood — le atajó Jacques—. Gracias al apoyo de todos los míos y a la venta de mis valores, serán satisfechos inmediatamente.

Roberto había comprendido todo el amor



Se presentó de pronto Peggy.

que Peggy sentía por él y todo lo injusto que había sido en ella. Su dolor era mucho mayor, cuanto que comprendía que la había perdido para siempre.

—Jamás me perdonará, mamá—le decía a la baronesa.

—No temas — le respondió su abuela—. Estoy segura de que Peggy te ama lo suficiente para perdonártelo todo. Esta misma noche iremos al teatro y hablaremos con ella.



El teatro ofrecía aquella noche el mismo aspecto de siempre. El espectáculo de las "París-Girls" no decaía y se hallaba abarrotada la sala. Llegó el número del asalto y cuando Esther esperaba la llegada de su compañera se presentó de pronto Peggy, preparada para ejecutar el número. En la mirada que le dirigió su rival comprendió Esther que nada bueno podía esperar de ella. El público, sin darse cuenta de nada, aplaudió frenéticamente la reaparición de la antigua "vedette", mientras que Peggy le decía a Esther:

—¡Ha llegado el momento de quitarte la careta!.

Y arrancó de la punta de su florete el corcho que impedía herir. Esther hizo lo propio y, a la voz de "¡En guardia!", se preparó a luchar contra su antigua compañera. La agilidad de Peggy había sido siempre superior a la de su rival y pronto ésta sintió sobre su rostro la punta del acero de su contendiente.

Los espectadores, ajenos a lo que ocurría, creyeron de buena fe que sólo se trataba de una ficción y aplaudían sin cesar a Peggy, que varias veces tuvo que salir a saludar. Cuando iba a entrar en su cuarto se encontró con Roberto, que le dijo:

—Lo sé todo, Peggy... ¿Podrás perdonarme alguna vez?

Ella, por toda respuesta, se echó en sus brazos llorando, mientras que la abuela le decía al nieto:

—Ya lo ves, Roberto: tu muñequita, hasta llora de veras... Trátala con cariño para que no se te rompa más...

F I N



¿Quiere usted conocer la vida ar-  
tística de sus artistas predilectos?

Coleccione las biografías publicadas por

**BIBLIOTECA FILMS**  
(TÍTULO DE LA SUPREMACÍA)

---

Antonio Moreno

Ramón Novarro

John Barrimore

John Gilbert

Fred Thomson

Lillian Gish

Charlot

Dolores del Rio

Adolfo Menjou

25 CÉNTIMOS  
VOLUMEN

Janet Gaynor

---

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo  
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos  
para el certificado. Franqueo gratis

**Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona**



# SOLAMENTE BIBLIOTECA FILMS

— puede ostentar el —  
**Título de la supremacía**  
**96** **PÁGINAS DE TEXTO** **96**

ARTÍSTICAS ILUSTRACIONES

lea los grandes éxitos de esta temporada

Tomos a UNA peseta

EL DESFILE DEL AMOR . . . . .	M. Chevalier
RIO RITA . . . . .	Bebe Daniels
RASPUTIN. . . . .	Gaidaroff
EL ARCA DE NOÉ . . . . .	Dolores Costello
LA MASCARA DE HIERRO . . . . .	Douglas Fairbanks
TRAFALGAR. . . . .	Corinne Griffith
EL LOCO CANTOR . . . . .	Al Jolson
LOS PECADOS DE LOS PADRES. . . . .	E. Jannings
EL AMOR Y EL DIABLO . . . . .	Milton Sills
MENTIRAS DE NINA. . . . .	Brigitte Helm
LA MUJER DISPUTADA . . . . .	Norma Talmadge

— PEDIDOS A —

**Biblioteca Films. - Apartado 707. - Barcelona**

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo,  
remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos  
para el certificado.